

rales, y deseoso el Rey Carlos de hacer ver que la pérdida de los navíos de Lángara no podía desanimarle, tomó medidas más vigorosas para continuar la guerra. Hizo salir con destino á América una escuadra de 12 navíos y 8 fragatas que á las órdenes de D. Josef Solano, se hicieron á la vela desde Cádiz, escoltando un convoy de 42 velas, cuya carga se evaluaba en 20 millones de pesos duros. Este prudente General sabía que las escuadras inglesas de América estaban todas en observación para caer sobre esta gran presa que, á más de su riqueza, era de la mayor importancia, por componerse la mayor parte de su carga de socorros militares para la continuación de la guerra y la defensa del reyno del Perú. La sugestión de los ingleses había fomentado en él la discordia, queriendo hacer valer los derechos de los Incas, antiguos soberanos del país. Pretendía ser descendiente de ellos un cierto Tupa Amaro que se puso á la cabeza de los rebeldes, y que hizo mucho daño en el país antes de que pudiesen conseguir los españoles apresarle y castigarle como merecía, según se verá más adelante.

Para salvar el General Solano este rico convoy, le condujo por un nuevo rumbo, por el cual los ingleses no podían ciertamente esperarlo.

El Almirante Rodney, que había salido de Gibraltar el 13 de Febrero con 22 navíos y dos

fragatas, sin que D. Luis de Córdoba que se hallaba en Cádiz, pudiese salir á tiempo para cortarle el paso, se había reunido á principios de Abril en las Barbadas con la escuadra del Almirante Parquer, á fin de estar más seguro de poder atacar á Solano con ventaja. No obstante esto, logró este General burlar enteramente su vigilancia, y que llegase el convoy á salvamento. Así pudo efectuarse el 19 de Junio la reunión de su escuadra con la francesa, mandada por Mr. de Guichen, componiéndose por este medio la combinada de 35 navíos de línea, y llegando las tropas de tierra de ambas naciones en aquellos dominios á 16.000 hombres con el refuerzo que había llevado Solano á las órdenes de D. Victorio de Navia. Por esta razón cuando el Rey le honró con el título de Castilla, escogió oportunamente la denominación de Marqués del Real Socorro, como lo merecía la importancia del servicio que había hecho á la España con la salvación de éste.

Aunque D. Victorio de Navia, hijo del gran Marqués de Santa Cruz, oficial del mayor mérito y circunstancias, llevaba el mando de las tropas españolas de América, como se hallaba allá D. Bernardo de Gálvez, después Conde de Gálvez, sobrino de D. Josef Gálvez, Ministro de Indias, lo dispuso de modo éste, que el mando se dió á su sobrino que se hallaba de Te-

niente de Granaderos del Regimiento de Sevilla seis años antes, en la expedición primera de Argel, á la salida de la cual se hizo Mariscal de Campo á D. Victorio. Éste se restituyó á España, sin hacer nada, por el efecto de una injusticia que aumentó su mérito por la moderación con que la sufrió, y confirmó la opinión que merecía la ambición y vanidad del Ministro que la hizo á favor de un sobrino que, por lo demás, tenía mérito y excelentes calidades para el mando y para las circunstancias de la reunión de las tropas españolas y francesas. No habiendo hecho marchar á Navia, se hubieran hecho brillar igualmente las buenas calidades de Gálvez, sin ofuscarlas con una injusticia escandalosa. Todos los oficiales franceses que he conocido de los que han estado en aquellas circunstancias en Santo Domingo, hacen mil elogios del Conde de Gálvez, y de sus buenas calidades sociales y militares.

Había dilatado D. Bernardo Gálvez hasta este año el sitio de Panzacola, y para él hizo venir de la Habana los refuerzos necesarios, y aunque los primeros tuvieron la desgracia de padecer una tempestad que los separó é hizo perecer mucha gente, con todo, la que quedó fué suficiente para hacer la importante conquista del puerto de Panzacola, sus fuertes y terreno dependiente de ellos.

Rindióse la plaza el 9 de Mayo de 81, después de doce días de trinchera abierta, y á los sesenta y uno del desembarco hecho en la isla de Santa Rosa. Se hicieron en ella 1.700 prisioneros de tropa, y más de 1.400 negros. Mandaba la plaza el Vicealmirante Chester, Comandante de la Provincia, y bajo él, el Mariscal de Campo Cambell.

Aunque el país es en sí poco poblado é inculto, la posición del puerto era sumamente importante para los ingleses, por estar á la entrada del seno Mexicano; á más de que la Jamaica sacaba de allí muchos artículos de consideración, como índigo, algodón, peletería y palo de tinte, de modo que en el año anterior el valor de las exportaciones había ascendido á 122.000 libras esterlinas, y el de las importaciones á 150.000. Esta pérdida fué muy sensible para los ingleses, y luego que llegó á Londres la noticia, hubo en la ciudad por más de 300.000 libras esterlinas de pérdida. El Teniente general don Josef Solano, hoy Marqués del Socorro, auxilió con sus fuerzas marítimas esta expedición en que D. Bernardo de Gálvez hizo ver su intrepidez, siendo el primero que, no obstante las dificultades que le oponían algunos marinos, entró con una fragata en el puerto de Panzacola, para probar la posibilidad de hacerlo. En memoria de esta acción le concedió S. M. poner en sus

armas una fragata con un lema análogo á ella. En este sitio murió á la cabeza de mi regimiento *Inmemorial del Rey* mi sucesor D. Luis Rebolo, hombre de excelentes calidades, y que amaba con entusiasmo la carrera militar, como lo prueba el hecho siguiente. Era Sargento mayor de mi Regimiento, y yo deseaba lograr para él algún buen retiro proporcionado á su mérito, pues estaba ya algo pesado para el empleo. Proponiéndoselo un día que paseábamos juntos, se volvió á mí con gran viveza, diciéndome: *Eso no, mi Coronel, retiro no; yo he de morir al pie de mis banderas, y si pierdo los dos pies y las dos manos, haré que me pongan en la trinchera por salchichón.* (No lo hubiera sido malo á la verdad, porque era bien gordo.) Esta expresión original prueba el celo y amor que este honrado Oficial tenía á su carrera. Hablaba de ella continuamente, y llevaba constantemente consigo un retrato del Cid Campeador, debajo del cual había puesto estos versos:

Héroe español, á tí solo  
en tus virtudes y hazañas  
pretende imitar Rebolo.

Una partida de indios emboscada, le proporcionó la suerte que tanto deseaba; pero tuvo el disgusto de morir sin tener antes la satisfacción de saber se había logrado la conquista que le costaba la vida, y que hubiera sacrificado con

doble gusto por su Rey y por su patria, como lo deseaba.

Habían gastado los ingleses desde el principio de la guerra más de 10.000 libras esterlinas en fortificar á Panzacola, cuyos nuevos castillos apreciaron los ingenieros españoles en más de millón y medio de pesos fuertes. Halláronse en la plaza 143 cañones, 6 obuses y 40 pedreros, con muchas municiones de guerra y boca.

El 18 de Agosto se apoderó igualmente Gálvez de San Agustín de la Florida, con lo que quedaron dueños de aquellas provincias los españoles, y la Georgia descubierta á las invasiones que quisiesen hacer en ella. También se apoderó de las islas Bermudas otra expedición española enviada á este fin á las órdenes del Teniente general D. Antonio Cajigal. Tomaron igualmente los españoles el fuerte de la Concepción, que está á la entrada del río de San Juan.

El gran número de corsarios que cubrían los mares produjo el mismo efecto que por la necesidad de mantenerse suele producir frecuentemente la demasiada concurrencia, esto es, la mala fe y falta de observancia á las reglas en su tráfico. Aumentábase, pues, cada día el número de las presas injustas, en perjuicio conocido del libre comercio de las potencias neutras. Como los navíos de guerra y los Almirantazgos, particularmente el de Inglaterra, sostenían en

lo posible sus corsarios, resultaba de esto una disputa continua entre las Cortes, que proporcionó á la Francia un nuevo medio de contener á la Inglaterra.

Trabajaba ésta todo lo posible en Rusia para que la Emperatriz se declarase á su favor, y efectivamente, empezó á hacer un armamento á vista de las instancias de mi amigo Harris, de quien tengo hablado arriba, refiriendo la respuesta que dió en esta ocasión al Ministro Panine.

La política, que nunca duerme, y que acierta siempre que estudia el carácter de las personas con quien tiene que hacer, y siempre que sabe dirigirle oportunamente á sus fines, propuso á la Emperatriz, en vez de una declaración de guerra costosa y expuesta, un objeto de gloria digno de satisfacer sin riesgo alguno su amor propio, y el más oportuno para empeñarla y hacerla creer daba la ley á la Europa, y dominaba los mares, aun sobre la misma Inglaterra, que se había creído hasta entonces dueña absoluta de ellos. Este fué el de una neutralidad armada de todas las Potencias neutrales, á cuya cabeza se hallaría la Emperatriz, y cuyo objeto fuese reprimir los excesos con que las mismas Potencias beligerantes interrumpían el libre comercio de las neutras. Un objeto tan digno de la grandeza de ánimo de la Emperatriz, fué adoptado

inmediatamente por S. M. I. con el mayor gusto. Adhirieron á este Tratado la Suecia, la Dinamarca y la Holanda, á que después se unieron también en señal de aprobación, y para darle más fuerza, el Emperador Josef II, el Rey de Prusia y el Rey de Nápoles. El Rey Carlos dió también la suya en una carta entregada por el Conde de Floridablanca al Conde de Zenovieff, Ministro de Rusia en Madrid.

Armó, pues, la Rusia 15 navíos y 10 la Suecia, la Dinamarca y la Holanda. Publicó la Emperatriz la alianza por medio de un Manifiesto, y los Artículos del Tratado eran los siguientes:

1.º Que todos los navíos neutros podrían navegar libremente de un puerto á otro, aun sobre las costas de las Potencias actualmente en guerra.

2.º Que los efectos que hubiese en ellos, pertenecientes á individuos de las Potencias beligerantes, deberían considerarse como libres, no siendo de los declarados positivamente por contrabando, como municiones de guerra, etc.

3.º Que S. M. I. observaría exactamente lo convenido en los artículos 10 y 11 de su Tratado de comercio con la Gran Brètaña, relativamente á su conducta con todas las Potencias beligerantes.

4.º Que no se consideraría como puerto blo-

queado sino aquel en que la Potencia que lo ataca tuviese constantemente un cierto número fijo de navíos suficiente para que los buques no puedan introducirse sin conocido riesgo.

5.º Que estos son los principios sobre los cuales debería arreglarse la legitimidad ó ilegitimidad de las presas que se hiciesen.

Aunque la Rusia solicitó la adhesión del Portugal, igualmente que la de las otras Potencias, segura aquélla de que la España y la Francia no la atacarían en esta ocasión como en 62, y deseosa por otra parte de no chocar demasiado á la Inglaterra, buscó siempre paliativos, y sin desaprobar ni desprenderse del derecho á entrar en la neutralidad que se le proponía, supo con-temporizar con todos, y lograr se concluyese la guerra sin haberse visto precisada á tomar parte ni aun indirectamente en ella, y á dar á la Inglaterra este motivo de disgusto y de queja. Aprovechó infinito su comercio de la interrupción del de las otras naciones que le hacían disimuladamente como antes bajo el pabellón portugués, con gran ganancia y crédito suyo, y así el comercio sintió mucho en Portugal ver la conclusión de una guerra que le era tan ventajosa.

Con todo, no le fué posible evitar, por más que hizo, el dejar de cerrar sus puertos á los corsarios ingleses, prohibiéndoles entrar en ellos

en caso que no fuese por una extrema necesidad.

Desde el principio de la guerra habían sido los puertos de Portugal un asilo para todos los corsarios y navíos de guerra ingleses. Entraban y salían en ellos como pudieran hacerlo en los de Inglaterra; vendían sus presas, sacando de los puertos de Portugal y del país el mismo partido que pudieran de la isla de la Jamaica. Llegó á tanto el escándalo, que el día 20 de Febrero de 80 se hallaban anclados en el puerto de Lisboa 20 navíos ingleses entre los de guerra y los armados en guerra, cuya lista, que remití á la Corte, estando allí de Embajador, es la siguiente:

Un navío de 50, tres fragatas de á 36, 28 y 24 y un cúter de la escuadra del comodoro Jonstone. Esta se hallaba estacionada constantemente en aquel puerto, de tal modo que, con pretexto de hacer tomar el aire á su tropa y marinería, llegó á hacer un pequeño campamento más allá de la Junquera, á la salida de Lisboa. Avisado por sus embarcaciones ligeras de todos los movimientos de nuestros puertos, salía á cosa hecha siempre que lo creía conveniente, y se restituía poco después á Lisboa á vender las presas que había hecho en su corto y seguro crucero. A más de esto, se hallaba entonces en aquel puerto el navío de 74 *El Dublín*,

que entró maltratado por el tiempo, y 15 corsarios. De éstos, tres eran de á 36 cañones; uno de 34 y otro de 32; otro de 26; dos de 22; tres de 20; uno de 14; dos de 12, y uno de 10 cañones.

Desde el principio de la guerra había yo hecho vivas instancias para contener estos desórdenes; pero el interés que tenían algunas personas en el aumento de derechos de anclaje, que facilitaba la frecuente entrada y salida de los corsarios, y la ventaja que sacaba el comercio en su aprovisionamiento, y la venta de las presas, eran un obstáculo superior al deseo que tenía la Corte de contemplar á la Inglaterra, y á su miedo de disgustarla. Estas consecuencias las exageraba en gran manera el Ministro de Indias D. Martín de Mello, que, aunque sumamente honrado é incorruptible, era muy adicto al sistema inglés, por haber estado de Ministro en Inglaterra, donde logró la aceptación que se merecía por su talento y buenas cualidades. Al fin pude lograr que, convencida la Corte de Portugal de nuestras fuerzas marítimas, y de la buena fe y armonía que deseábamos conservar con ella, diese S. M. un Decreto prohibiendo la venta y entrada de presas, y aun de los mismos corsarios, á no ser en caso preciso. Aunque la Corte de Londres se dió por muy sentida de la conducta de la de Portugal, tuvo que confor-

marse á ella, atendida la situación en que se hallaba la Inglaterra.

Hallábase entonces en Lisboa solo un Encargado de negocios de Francia; pero luego que vieron llegar como Embajador á Mr. O'Dunne, el mismo que en iguales circunstancias hemos visto les declaró la guerra en 62, y que vieron caminábamos de acuerdo, tomaron el partido que yo les tenía propuesto, aunque de mala gana, y temerosos de las resultas.

También hubo entonces otro motivo de disgusto entre ambas Cortes, sobre el arreglo nuevo de tarifas que hizo la de Portugal, y sobre introducción de géneros irlandeses. La Irlanda, excitada por los enemigos de la Inglaterra, supo aprovechar oportunamente de la crítica situación en que se hallaba, y armando una numerosa tropa de voluntarios, hizo ver á la Inglaterra se hallaba en el caso de hacer lo mismo que las Colonias, si no la concedían lo que deseaba. Para evitarlo, se vió precisada á condescender en las libertades que solicitaban para su comercio. De esto resultó el exigir de Portugal las mismas exenciones para sus géneros que la que en virtud del Tratado de Cromwel disfrutaban los ingleses para los de la Gran Bretaña. Desde el tiempo del Marqués de Pombal había ido éste empezando á cortar las alas al comercio inglés, que, dueño absoluto del de Portugal, te-

nía casi en inacción á los negociantes del reino. Este sistema, seguido después por sus sucesores, ha disminuído mucho en Lisboa el poder y riqueza de los ingleses, y fomentado el comercio activo del país.

No hubo en este año de 80 acción alguna verdaderamente decisiva entre las Potencias beligerantes, pues de las que acaecieron no resultó gran ventaja.

El Almirante D. Andrés Byland salió del Texel con dos navíos de guerra escoltando un convoy. El comodoro inglés Fielding quiso reconocer el convoy, y oponiéndose Byland, haciendo ver no llevaba nada de contrabando, quiso obligarle por la fuerza, á la cual respondió Byland con una andanada, rindiéndose inmediatamente, para hacer constar la violencia. El Comandante inglés, conociendo las resultas, quiso empeñarle á que, enarbolando de nuevo su pabellón, continuase su rumbo; pero lo resistió el holandés, y se hizo conducir á los puertos de Inglaterra. Este insulto y otros justificaron que la conducta de la Inglaterra con la Holanda había forzado á ésta á tomar el partido de separarse de ella.

El Conde de Guichen, Comandante de la escuadra francesa de 24 navíos, 3 fragatas, un lugre, un cúter y 3.000 hombres de tropa á las órdenes del Marqués de Bouillé, salió de la

Martinica el día 13 de Abril, y habiendo avisado el 16, á las inmediaciones de San Pedro, la escuadra de Rodney, la atacó y duró el combate cinco horas sin resulta alguna de consecuencia. El 15 de Mayo volvió á presentarse Rodney sobre la Martinica, y atacándole Guichen, tuvo la fortuna de que, detenido Rodney por una calma que le sobrevino, pudo caer sobre la división de 7 navíos, mandada por Rowley, la cual maltrató considerablemente; pero tampoco tuvo resulta decisiva este combate.

El 4 de Mayo perdieron los americanos á Charlestown, y hubo otros varios sucesos en aquella campaña.

Se dieron en ella tres combates muy gloriosos, que fueron el de la fragata *La Belle Poule*, el de *La Capricieuse* y el de *La Ninfa*.

Mandaba la primera, de 32 cañones (famosa por el reñido combate que hemos visto había tenido con *La Licorne*), el Caballero de Kergarion, y avistándose el día 15 de Julio con el navío inglés *El Sans Pareil*, de 64 cañones, que la atacó, sostuvo con él un combate de tres horas, en que perdió la vida dicho Oficial Comandante; pero su ejemplo había inflamado el celo de sus subalternos, y su pérdida excitaba su cólera y valor; y así, su sucesor, Mr. de la Motte-Tabourel, no se rindió hasta estar enteramente

desmantelado, falto de equipaje, y con siete pies de agua en la bodega.

La fragata *La Capricieuse*, de 32 cañones, mandada por el Caballero de Cherval, se encontró con las dos fragatas inglesas *La Prudente* y *La Licorne*, una de 26 y otra de 28 cañones, y habiéndola atacado, no se rindió sino después de cinco horas de combate, y tuvo la satisfacción de que, habiéndose prendido fuego al resto de la fragata que había quedado, se sumergió á su vista, sin dejar á los enemigos posibilidad de utilizarse de su triunfo.

La fragata *La Ninfa*, de solo 26 cañones, mandada por el Caballero de Romain, se batió contra la inglesa *La Flora*, que montaba 44. Empezó el combate á las seis de la tarde, y su valeroso Capitán tuvo la desgracia de perecer, después de haber recibido cuatro heridas en menos de un cuarto de hora. Viendo los franceses la superioridad del cañón del enemigo, conocieron no les quedaba otro recurso que el del abordaje, que ejecutaron con la mayor precipitación. Duró el combate cuerpo á cuerpo sobre la fragata inglesa más de hora y media, en la cual perdieron la vida 60 franceses; entre ellos perecieron Mr. de Keranstret, primer Alférez; Mr. du Couëdic que, rechazado por un golpe de lanza, quedó espachurrado entre las dos fragatas. Mr. de Taillard que, por muerte del Ca-

ballero de Romain, había tomado el mando de la fragata, tuvo casi á un tiempo dos fusilazos, uno en la espalda y otro en el muslo derecho, y un golpe de hacha sobre la cabeza que le hizo perder el sentido. Entonces fué cuando los ingleses se apoderaron de la fragata francesa, que tuvo el dolor de ver en su poder el valeroso Comandante francés Mr. Taillard, cuando volvió en sí del golpe que había recibido por defenderla.

El navío francés *El Conde de Artois*, de 64 cañones, mandado por el Caballero de Clonard, fué atacado sobre las costas de Irlanda por los dos navíos ingleses *El Bienfaisant* y *El Charon*, el uno de 74 y el otro de 52 cañones. No obstante la superioridad de estas fuerzas, se defendió vigorosamente más de dos horas, é intentó su Comandante varias veces abordar el navío de 74; pero habiendo logrado éste evitarlo, se vió obligado el navío francés á rendirse á fuerzas tan superiores, agotados los medios de una gloriosa aunque inútil defensa, que la misma humanidad y el bien del servicio no permitían pasase adelante.

De todas las acciones marítimas de este año, la más útil y menos costosa de todas fué la que logró D. Luis de Córdoba, interceptando un convoy inglés de 64 velas, evaluado en más de millón y medio de libras esterlinas. Llevaba



éste á su bordo cuatro compañías de infantería destinadas á Bombay; un regimiento de 860 hombres, para Jamaica; otro de Hesseses, y 2.500 marineros. Eran sumamente considerables los pertrechos militares de mar y tierra que conducía este convoy en que sólo los fusiles pasaban de 80.000. Sólo se escapó del convoy un navío mercante, y los dos de guerra y las fragatas que lo escoltaban, que no pudo alcanzar Mr. de Beausset, aunque les dió caza con su escuadra ligera. Había á bordo de este convoy muchos pasajeros, y entre otros, la familia del General Dilling, con otras señoras que iban á América. S. M. mandó se les asistiese en un todo, y se les restituyese su equipaje, igualmente que á los oficiales.

El año de 81 anunció desde su principio operaciones más vigorosas y decisivas que el anterior. El comodoro Johnston había salido de Inglaterra con grandes proyectos secretos contra los españoles.

Hallábase en Londres un ex-jesuíta de esta nación, que hizo creer al Gobierno que por sus planos y noticias podría facilitar á la Inglaterra ventajas muy considerables en Buenos Aires. Salió, pues, con este fin una expedición mandada por Johnston que constaba de 17 buques, comprendidos los transportes armados. Fundaba todas sus esperanzas en las noticias de dicho

español; pero habiéndolas examinado más por menor, vió que era un impostor medio loco, del cual no se podía hacer caso alguno; y así después de haber perdido tiempo y dinero, lo desembarcó sobre las costas del Brasil. De allí se vino á Lisboa, donde me contó mil historias, que tuve como sospechosas, y lo avisé así á la Corte, á donde pasó mudando de nombre en el camino, dándose en Badajoz por Marqués de Peñaspardas, no obstante de haberle yo dado el pasaporte con el nombre que me dió de D. F. España, que me dijo ser el suyo. En el Escorial le reconoció un Oficial de dragones que aseguró había oído su misa en Buenos Aires, y en virtud de este y de otros indicios, le arrestaron como reo de Estado en el cuartel de Guardias de Corps, donde se halla hace años, sin que la variedad é incoherencia de sus declaraciones haya permitido que hasta ahora se dé contra él una sentencia formal.

Este hombre hizo, sin saberlo, un gran servicio á los holandeses y á la causa que defendía la Casa de Borbón. Necesitado Johnston de refrescos por el tiempo que había perdido con él por las mentiras del ex-jesuíta, sobre las costas del Brasil, le fué preciso tomar puerto en las islas de Cabo Verde en el llamado Santiago. La Corte de Francia, que sabía que la expedición de Johnston se dirigía principalmente con-